

Acordarse ...

GALIA OSPINA VILLALBA

Muchas veces escribir es acordarse de lo que nunca ha existido. ¿Cómo conseguiré saber lo que ni siquiera sé? Así: como si me acordase. Con esfuerzo de “memoria”, como si yo nunca hubiera nacido. Nunca he nacido, nunca he vivido: pero yo me acuerdo, y ese recuerdo está en carne viva. (*Para no olvidar*, Clarice Lispector).

Me sumerjo bajo el agua junto al resplandor de mi perla al resguardo de su concha. Soy una sirena y vengo de muy lejos. De vez en cuando debo subir a la tierra. Busco el abrazo de los árboles gigantescos, las raíces líquidas y las hojas que me recuerdan las algas. Uno mi voz a la de Isadora Duncan¹: “Mi primera idea del movimiento en la danza me vino con el movimiento de las olas. Y mi primer entendimiento de la música del suspiro de los vientos en las secuoyas gigantes. Porque nací junto al mar. Nací bajo la estrella de Afrodita la diosa del amor”.

La música me habita, me hace germinar, me vuelve líquida. Azul. Todo es música. El sonido de las puertas que se abren y cierran en Transmilenio. Las monedas cayendo. La cucharita de plata removiendo el azúcar en la taza de café. El viento feroz levantando los tejados. La lluvia tibia de oro sobre mis tacones rojos. Siempre me ha acompañado la música. Mi canción de cuna fue “Yellow Submarine”. Con mi hermano Lucas solíamos interpretar roles de películas. Él era John Travolta, y yo Olivia Newton John en “Grease”. Cantábamos las canciones de “West Side Story”. Con un amigo en común jugábamos a la Guerra de las Galaxias. Yo era la princesa Laila y me hacía dos moñas apretadas a ambos lados de la cabeza. Una sábana amarrada a las paredes se transformaba en una nave. En Halloween me disfracé de “La mujer maravilla” y mi hermano de Flash Gordon y El Hombre Increíble. Me encantaba chocar sus manos mientras decíamos al unísono: “Por el poder de los Hermanos Fantásticos”.

Tengo dos preciosos sobrinos: María y Rafael. A María le fascina que le lea “Hansel y Gretel” y “Caperucita Roja”. Se cubre la cara con las manos y se da la vuelta horrorizada cuando el lobo se come a la abuelita y a Caperucita. A Rafael le encanta exhibir su gateo. Es todo un profesional.

Siguiendo con la música, en la adolescencia me acompañó Charlie García, Sui Generis, Fito Páez, Cristina y los subterráneos, Mano Negra, Mecano, el bandido y guapo Miguel Bosé, Los Hombres G, Soda Stereo, Los Prisioneros. Salía con mi mejor amigo Richie, que después murió de manera trágica en un accidente de tránsito, a bailar a Chapinero hasta que la piel nos ardía y el vapor de agua inundaba todos los rincones. Hasta la madrugada. Hasta sentir el verano en todo el cuerpo. En la década de los treinta me llegó una comprensión más amplia de la salsa. Se puede saber cómo ama un hombre por la forma en que sujeta con sus manos la cintura de una mujer. El tacto y la temperatura son esenciales en el baile y en el amor.

En la Plazoleta Santander compré un CD de salsa clásica encabezado con esta canción: “Welcome to the party”. Contiene la salsa que ya no suena en los bailaderos; la de Joe Cuba, Ken Gómez, Hector Rivera, Peruchin, Edwin Bonilla, Palmieri, Ray Barreto, Andy Harrow, Bobby Montes, La Broadway, Cal Tjader. No soy nada ortodoxa con mis movimientos. Me dejo llevar por los ritmos del Caribe. A veces me muevo como las olas del mar, y otras como las palmeras recién besadas por la brisa de la mañana. Detesto que me indiquen cómo debo bailar. Tal vez por esta razón me salí de la clase de salsa. La profesora empezó a burlarse de mis brazos largos y en las últimas sesiones nadie me sacaba a bailar. No me gusta que me apaguen ni modulen. Me fascina llamar la atención en la pista de baile, pisar fuerte, alzar los brazos, dar vueltas, inventar pasos, incorporar la trompeta y el tambor a la sensualidad de las caderas. Para mí el baile es pura revolución. Una genuina expresión de la libertad del cuerpo.

Cuando me agarra la nostalgia y la melancolía, el *blues* le da voz al color de mis recuerdos. La *bossa nova* me lleva de vuelta a las arenas y al mar, al lugar donde siempre he sido feliz. Los fados me conducen a los versos de Fernando Pessoa, a las calles estrechas de Lisboa, al “supremísimo cansancio” y a “no tener deberes, qué prolija cosa”.

Continúa la música. El mar crepuscular del Mediterráneo. El agua de la Piazza Navona. Los balcones floridos. Las voces de la madrugada entre muros milenarios. El sonido de las páginas de un libro al pasarlas con mis manos. La flauta dulce en Copacabana. El flamenco en las noches del Amor Brujo. Los nocturnos de Chopin. Las motos como avispa rodeando la Fontana nocturna de la Piazza di Renzi. Las alegres risas de los enamorados en las tratorías bañadas por la envolvente luz de la luna y las estrellas. El murmullo encesguecido de la radiante blancura del Altar de la Justicia. La *voce* de un hombre gritándome desde lejanía: “¡Bella ragazza. Bellissima ragazza!”. El sonido de mi corazón salvaje. El agua viva corriendo bajo el puente. Mi felicidad uniendo la orilla de lo visible a lo invisible. La transparencia anhelada del silencio como un fino velo ondeando en el viento *piano* de la tarde. El siroco

desordenando mis sentidos. Cuando me pierdo, encuentro. En el caos se revela un orden diverso. El eco de mi voz entre las piedras históricas del Coliseo Romano. La sensualidad de la luz besando mi piel de verano y trigo. Ojalá los hombres aprendieran sus lecciones de amor de la luz de Roma y su brisa tranquila. El sonido de mis pasos solitarios entre las calles laberínticas. El rumor de los anhelos en el vacío del corazón. La danza de un Dionisios con cascabeles en los tobillos en la Piazza Navona. Las campanadas de la iglesia. El sonido de mis lágrimas al escuchar al coro Polifónico Fideles et Amati dedicado a la Madre Teresa de Calcuta. Lloré agradecida por todas las madres que había tenido en el curso de mi vida: Viki, Eva, Martha, Piedad, Rosario, Helena. ¡Gracias, gracias por tan grande amor en las claridades y en las noches donde acecha el lobo en el bosque!

Sin el amor, qué pobre mujer sería. El amor no es una emoción. Es la fuerza vital. Energiza el cuerpo y permite ver lo que aún no se ha manifestado en el plano físico. Al amor nada lo vence. Todo lo puede. Todo lo alcanza. Es dulce y paciente. No juzga. Comprende. No entrega esperando recibir. Encuentra su regalo máspreciado en dar. Es humilde y sencillo. No tiene apegos ni deseos. No le interesa alimentar al ego, sino al ser más prístino. No busca ser comprendido. Él habla directo al corazón. Quien tenga ojos que los abra al resplandor de sus joyas preciosas. Que rompa los siete sellos y entre a su bóveda secreta. Más que en las palabras se transparenta en el silencio. Habita las cumbres más altas. Y por lo general, está solo. Suelen burlarse de él. Humillarlo. Reírse a sus espaldas. Le es indiferente. Él es una fortaleza para sí mismo. Han dicho que es frágil y quebradizo. Se les ha olvidado que en la vulnerabilidad también reside su fuerza. Se requiere coraje para quitarse las máscaras, las defensas, las murallas, las protecciones, y SER aún desconociendo el misterio enraizado en el centro de nosotros mismos. Se requiere coraje para entrar en las aguas frías del mundo y partirlas en dos. Y avanzar enceguecido por la sal, el yodo, las algas y la fuerte marejada. Se requiere coraje para amar lo incomprensible, lo desconocido: el peligro de vivir. Amar da miedo.

El sonido más bello es el vacío dorado de las catedrales. Sonido largo y blanco de silencio pleno donde brillan los instantes y los recuerdos del porvenir. Recojo en cuencos de agua clara los sonidos peregrinos entre la partida y la llegada como una nada bienhechora e indefinida...” Desmenuzar el silencio en palabras es una de mis maneras sin gracia de amar el silencio” (*Para no olvidar*, Clarice Lispector). La piel es un desierto y el baile un oasis. Agua y arena. Sudor e ira española. Verano y lluvia.

Capa de sangre y toro salvaje.

Hace unos días vi el documental *Imagine* narrado por John Lennon. Me encantó la escena donde John cuenta que en la exhibición de Yoko Ono, la primera vez que vio su trabajo, le atrajo una escalera blanca. Al subir por sus peldaños, encontró una lupa colgando del techo para mirar una palabra sobre el cielo raso. La palabra era: “sí”. Lennon comentaba que si hubiera dicho: “no” habría desistido de continuar el recorrido y nunca se hubieran conocido. El sí era cálido, abierto, prometedor y luminoso. Cada día está colmado de afirmaciones invisibles.

La puerta dice sí. El amanecer dice sí. Las frutas rojas de la Plaza de Mercado de La Perseverancia dicen sí. El Mediterráneo dice sí. Los diversos colores del crepúsculo dicen sí.

Abrazo este sí generoso y ancho como el mar. Repite conmigo: ¡SI!

Nota

- 1 Película *Isadora* con Vanessa Redgrave. Un film de Karel Reisz. Basada en *My life*, de Isadora Duncan